

¡No hay para tanto!

Bartomeu Cruells

¡No hay para tanto!

FLAMMA
EDITORIAL

En su primera y segunda edición la editorial Cruilla publicó la obra en catalán bajo el título Els silencis de Derrís

Primera edición en castellano: Flamma Editorial, octubre 2010

Derechos de autor: © Inmaculada Gimeno Guillem, 2010

Traducción del catalán: © Vicente Carballido Maseda, 2009

Dirección editorial: Maria Rempel

Diseño de la portada: © Utopikka, 2010

Maquetación: Anglofort, S.A.

Impreso en España

Colección: Volviendo al lugar del crimen

© de esta edición:

Flamma Editorial – Infoaccia Primera, S.L., 2010

<http://www.flammaeditorial.com>

ISBN: 978-84-92872-00-8

Depósito legal: B-42111-2010

No está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin la autorización previa y por escrito de la editorial.

El segundo día de enero del año 2000, apareció en los periódicos de Barcelona y Lleida la siguiente esquela:

↑

Fernando Hostench Mars
 (fotografía borrosa)

(fotografía borrosa)

↑

Enriqueta Junca Corro
 (fotografía borrosa)

(fotografía borrosa)

↑

Antonio Suarez Borrás
 (fotografía borrosa)

(fotografía borrosa)

↑

Juana Pedrola Herrera
 (fotografía borrosa)

(fotografía borrosa)



Vicent Guillem Cerdà

«Vixi, et quem dederat cursum fortuna, peregi»

Murió el día primero de enero y será incinerado hoy en el cementerio de Collserola en un acto privado. Ante la insistencia de numerosas personas que lo conocieron, se anuncia que próximamente se hará un acto en su memoria en el Colegio de Abogados de Barcelona. La fecha del acto se dará a conocer oportunamente a través de los medios de comunicación.

La familia agradece expresamente todas las muestras de pésame recibidas.

Barcelona, 2 de enero de 2000

RECEPCIÓN DE ESQUELAS

☎ 24 horas 902 17 85 85

RECORREDO

↑

Fernando Hostench Mars
 (fotografía borrosa)

(fotografía borrosa)

Y Neus Escolà, en Tàrrrega, cuando la leyó, dijo tan solo:

«¡No hay para tanto!»

1909

Transcripción de una carta de Josefina
Minxot dirigida a sus padres en Gia
(Alta Ribagorza), depositada en el correo
de Esterri d'Àneu (Pallars Sobrià)
en septiembre de 1909

Derrís, 13.XII.1909

Queridos padre y madre:

Espero que al recibo de la presente se encuentren bien de salud, como yo lo estoy. Les deseo que pasen una feliz Navidad y que el año que viene les vaya todo muy bien.

Hará ya dos años que ustedes no han tenido noticias mías. Durante mucho tiempo pensé que jamás les volvería a decir algo, pero en este momento me encuentro desesperada y no quisiera, por orgullo, dejar de solicitar su ayuda. Les escribo para decirles dónde estoy y para contarles todo lo que me ha sucedido desde que el señor Carrancla me tomó a su servicio y me llevó, con él, fuera del pueblo. Deseo explicarles mis sufrimientos y conmover su corazón para que ayuden a su hija.

Cuando salimos de Gia, el señor Carrancla me condujo a Balaguer, un pueblo muy grande por el que corre un río con mucha agua, y me instaló en una casa. Casa en la cual habitaba una familia que no era la suya. Era un matrimonio mayor, sin hijos, que vivía en un rincón de la planta baja, al lado de la cocina. Como guardeses. El señor Carrancla me instaló en el piso superior, que era el que él ocupaba cuando venía,

hecho no muy frecuente, y los guardeses le preparaban la comida y hacían la limpieza de la casa. Yo no le hacía, precisamente, de criada.

Ustedes, padres, ya debían suponer por qué el señor Carrancla insistía tanto en que fuese a servirle. Yo, en cambio, debo decirles que no me lo esperaba. No sabía que esas cosas fuesen de tal manera. Porque el servicio que el señor deseaba lo entendí enseguida, que es aquello que se ha de hacer más de noche que de día, y ustedes ya me entienden. Yo no me lo esperaba, pero no dejo de pensar que ustedes sí que conocían adónde me estaban enviando. También imagino que únicamente la miseria los ha empujado a convertirme en un objeto vendible. Tan solo tengo la curiosidad de conocer el precio. ¿Fui vendida a peso o se trató de un precio pactado? ¡Maldito dinero! Que les aproveche.

Los primeros días fueron terribles. El señor Carrancla me hacía mucho daño y lo tenía continuamente encima. No se cansaba nunca. Luego me fui acostumbrando. Supe cómo hacerlo para que no me doliese y empecé a soportar sus embates cada vez con más «oficio», de modo que pronto me resultó indiferente.

Al cabo de dos meses, en Balaguer, cuando el señor Carrancla ya se convenció de que yo no huiría, me llevó a Barcelona, me compró gran cantidad de ropa nueva y me puso un piso en las afueras, en la calle Bailén. Me dio el dinero justo para sobrevivir y me advirtió que él vendría de vez en cuando.

Barcelona es aún más grande que Balaguer. Hay multitud de casas nuevas, muy altas y en ellas vive una familia en cada rellano de la escalera. Hay gente de todo pelaje, muchos llegados de fuera para trabajar en sus fábricas o para

hacer el vago, que no todos quieren trabajar. Se encuentran muchas malas personas que tan solo buscan aprovecharse de la buena fe de otra gente. Para mí ha sido una gran sorpresa. Allá en el pueblo nunca hubiese imaginado que la gente pudiera vivir de esta forma, en medio de tal hormiguero. No podía pensar que yo iría a parar en medio de esta ciudad y, sobre todo, madre, que sería el juguete de un hombre rico.

Después de todo lo que he visto en Barcelona quizá debería considerar que lo que ustedes hicieron conmigo es normal y no tenía importancia. He visto otras como yo, «queridas» o «mantenidas» como dicen por aquí, orgullosas de haber podido salir de la miseria gracias a dejarse toquetear de vez en cuando por un señor con la cartera repleta.

Yo no he salido de la miseria, pero el tiempo que he pasado en Barcelona he procurado aprovecharlo. Pronto comprendí que el señor Carrancla venía en determinados días, con lo que supe cuándo debía esperarlo y cuándo no. Administrando bien el poco dinero que me daba, yo le mantenía la casa tal como a él le gustaba, podía comer bien y me compraba los vestidos con los que le apetecía verme vestida.

Una vez instalada en Barcelona y con aquella cierta libertad que tenía, creí que también podría vivir sola en la ciudad y llegué a pensar en huir de la casa del señor Carrancla. Me parecía que aprovechando mi aspecto y mi vestimenta podría intentar convertirme en dependienta de un comercio o empleada en una gran tienda de Barcelona. Pero carecía de lecturas y tampoco tenía práctica en escribir, me faltaba un poco de buenas maneras, el trato con los compradores, en fin, toda aquella educación que no se estila en la montaña.

Yo no deseaba ir a parar al fondo de una nave de cualquier fábrica. No saben ustedes cuántas chicas como yo pasan catorce horas diarias ante una hiladora de hierro ¡por menos dinero del que me da el señor Carrancla! Y frecuentemente han de hacer con el encargado de la fábrica lo mismo que yo hago con el señor Carrancla.

Además, al principio yo no le había dado importancia a un detalle, pero el tiempo se encargó de apercibirme. A la segunda pérdida de la regla, ya estuve segura de haber quedado preñada. Luego temí el enfado del señor Carrancla. Yo no quería que me hiciese daño, ni tampoco al niño. Si era así como iba a tener un hijo, que al menos no fuese a parar a manos de aquel cerdo.

Por ello decidí hacer todo lo posible para desaparecer rápidamente del piso de la calle Bailén y de cualquier otro lugar donde me pudiese encontrar el señor Carrancla.

Hallé, en la calle de Moles, la Sociedad de Dependientes de Tiendas de Comestibles. Allí me atendieron muy bien. Cada día al anochecer se daban clases a los dependientes más jóvenes y yo no perdía una tratando de aprender todo lo que no sabía.

Como disponía de tiempo, iba todas las tardes, cuando no venía el señor Carrancla. En la Sociedad de Dependientes trabé amistad con un joven dependiente que desde buen principio había sido muy amable conmigo y me enseñaba muchas cosas, a leer los periódicos y a entender de verdad qué querían decir las noticias. Le gustaba que paseáramos por la Rambla, bajando hasta el muelle. Él estaba siempre muy contento y me tomaba de la mano, pero cuando llegábamos al muelle una gran tristeza se apoderaba de él. Le pregunté por qué y resultó que se hallaba a punto de entrar

en quintas y temía tener que ir a África. Decían que allá los moros mataban sin piedad a nuestros soldados.

Amadeo, que así se llamaba el chico de la Sociedad de Dependientes, me decía que en África no se nos había perdido nada y que esta guerra se hacía nada más que por el dinero que los muy ricos podían ganar cuando vendían cosas al ejército y por la manía del honor de cuatro militares que todavía no se habían sacudido el disgusto por lo de Cuba y de Filipinas. Yo creo también que algo de razón tenía, porque he ido viendo que, en resumidas cuentas, el dinero lo mueve todo.

Por ejemplo, Amadeo quería ahorrar tanto dinero como fuese posible para pagar las mil quinientas pesetas que le liberarían de servir como soldado, pero necesitaba entregar casi todo lo que ganaba en casa de sus padres, y por ello no le había sido posible ahorrar demasiado. Si hubiese estado en mis manos, le habría ayudado, pero hacía tiempo que el señor Carrancla no aparecía y a mí me quedaban pocos ahorros.

A mediados de julio pensé que ya era el momento de huir, porque no podía ocultar por más tiempo mi avanzado embarazo y ¡quién sabe qué me haría el señor Carrancla cuando lo notase! Le expliqué a Amadeo, detalladamente, todo lo que me había sucedido y se emocionó mucho, llegando a las lágrimas. Me llenó de besos, que me hicieron muy feliz, no como los del señor Carrancla, que me daban asco.

Pero a finales de julio, un día hubo mucho jaleo en el muelle porque alguien impedía que los soldados embarcasen. Los dos días siguientes se incendiaron muchas iglesias, que no sé qué relación podían tener con la guerra, aunque

seguramente alguna habría. Al cabo de otros dos días más, las tiendas cerraron y no había gente por las calles, y empezaron a oírse disparos.

Un día, al atardecer apareció en casa Amadeo todo sudado y cansado. Yo le había advertido que no viniese nunca a mi casa, que si el Carrancla aparecía y encontraba a otro hombre conmigo, seguro nos mataría a ambos. Pero me dijo que no podía ir a dormir a su casa pues temía que fuesen a buscarlo. Me explicó que había comenzado la revolución y ya nunca más ningún joven tendría que ir a África. No entendí demasiado lo que me estaba explicando, porque no supo decirme quién mandaba la revolución, ni de dónde sacaban las armas los revolucionarios, ni lo que pensaban hacer, ni nada.

Lo calmé y le hice tomar un baño y, mientras se encontraba en la bañera le lavé y tendí la ropa. Y se quedó a dormir en casa. Y fue una noche hermosa, porque pude ver que no todo es como las guarradas que me hacía padecer el Carrancla.

Al día siguiente Amadeo se fue muy temprano. Queríamos que, pasase lo que pasase, aquella misma tarde vendría por mí y me escondería del Carrancla. Pero no vino. Pensé que podría haberle sucedido alguna cosa, que lo habrían herido o matado. Finalmente me dijeron que parecía que lo habían cogido y que estaba en Montjuïc. Pero nunca pude saberlo con certeza. ¡Pobre Amadeo!

Y así fue que a los pocos días se presentó el Carrancla y enseguida se dio cuenta de que estaba preñada. Se enfadó mucho y me pegó duro. No entendí por qué se ponía tan furioso, ¡si era por su culpa! Me dijo que buscaría una comadrona que ¡ya me la sacaría de golpe, aquella panza, ya! Salió y al rato regresó con una mujer que, en cuanto me vio,

dijo que en un estado tan avanzado ella no quería hacer nada. Entonces, el señor Carrancla le pegó a ella y también a mí me golpeó muy fuerte, me tiró al suelo y alguna cosa debió de romperme, porque me puse a sangrar por abajo como una fuente y me espanté tanto que no paraba de gritar. El señor Carrancla también debió de espantarse porque salió corriendo y maldiciendo.

Por fin, la mujer que había venido para quitarme la barriga hizo su trabajo. Tuve la suerte de parir, un poco antes de tiempo, pero con su ayuda. Era una mujer que sabía mucho. Me salieron dos chiquillos mellizos, iguales, uno tras el otro. La comadrona me trajo ropa y me explicó lo que tenía que hacer para darles de mamar, lavarlos y todo lo que usted, madre, debería haberme explicado si no me hubiera vendido como una cabeza de ganado.

Durante algunas semanas, la comadrona vino a hacerme compañía con frecuencia y me ayudó a inscribir a los niños en el registro. Insistió mucho en hacerlo porque tenía miedo de que el señor Carrancla quisiera hacerlos desaparecer cuando regresara. Yo le dije que me parecía que no iba a volver nunca más.

Pero regresó.

Con dos niños a la espalda, el señor Carrancla ya no me quiso tener más tiempo en Barcelona. Me llevó a una casa de un escondido pueblo de montaña, un pueblo del Pallars que se llama Derrís y donde el señor tiene grandes fincas de campo y bosque de donde saca mucha madera. Es un pueblo más grande que el nuestro y también muy montañoso. Hay un hombre del pueblo que tiene un rebaño de corderos muy grande y que a veces los conduce a los pastos de nuestro valle. Si alguna vez sé que va, ya le diré que pase a verlos.

Los primeros tiempos en el pueblo fueron terribles. Yo, con los dos niños, no podía hacer todo lo que la casa precisaba para poder vivir en ella. Algunas personas del pueblo, pocas, me ayudaron. Me dieron comida, algunos trastos de cocina, ropa vieja y algún mueble para la casa. Otra gente me miraba mal. Algunos me llamaban «la puta del Carrancla», como si yo hubiese escogido este oficio y este cliente.

El hombre de una de las pocas casas que reciben el periódico, aparte del hostel, cuando supo que yo sabía leer, me preguntó si quería leerlo. Naturalmente, le dije que sí, que leer el periódico es la única manera para mí de salir del pueblo, aunque solo sea con la imaginación y únicamente un ratito cada día. Ahora me lo trae de vez en cuando una vez leído y si su esposa no se lo reclama para envolver alguna cosa. El otro día me pidió una pila de los que ya tenía leídos para dárselos a su señora cuando se los pidiera. Como ella no sabe leer, no podría decir de qué día eran, si recientes o de hacía semanas. Pienso también que hay días en que no me lo trae porque su mujer se pone celosa, como si yo tuviese ganas de robarle el marido a alguna del pueblo. No sabe bien lo que se juega alguien que se me acerque demasiado: el Carrancla dice que si algún día me encuentra con un hombre nos dará un escopetazo a ambos. Tal vez por eso algunos hombres del pueblo no me dicen ni buenos días.

Contaba eso del periódico porque hace poco leí una noticia que decía que de todos los que habían sido detenidos durante aquellos días de julio y que habían llevado a la prisión de Monjuïc, muchos habían sido ejecutados. Y yo pienso que Amadeo es uno de ellos y que quizá, mientras moría, pensó en mí como yo misma pienso en él todavía.

Si Amadeo ha muerto, ya no tengo ninguna esperanza. Además de vivir en este remoto rincón del mundo, tengo que soportar los golpes, los gritos y los manoseos del señor Carrancla siempre que le da la gana de venir. Y ni siquiera me da tanto dinero como antes, porque según dice, en el pueblo no se gasta igual, pero los cuatro chavos que me pasa me van bien para tener a los chicos tan bien cuidados como me es posible. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo salir de este infierno? Ahora no puedo ni soñar con ir a Barcelona. Por eso he pensado en ustedes como única salida a mi alcance. Y ustedes, ¿me querrían en casa?

He solicitado el parecer del cura de la parroquia y me ha aconsejado resignación. Me ha dicho que sobre todo fuese a confesarme enseguida cada vez que viniese el señor Carrancla, pero que si yo no disfrutaba no era un pecado muy grave. ¿Cómo puede imaginar que me lo puedo pasar bien? Yo tan solo podría estar bien con Amadeo, que es la cosa más tierna que yo he abrazado jamás y una tan hermosa sensación no puede ser un pecado. Le he dicho que en este pueblo me siento como en una prisión, y que eso sí debe ser un pecado ¡y un delito! Y él me contestó que «No hay para tanto, mujer, no es para tanto, ¡si aún deberías dar gracias a Dios!».

Pero no puedo aguantar más. Perdono a todos por todo lo que he pasado porque la felicidad que me dan mis dos pequeños no puede compararse con nada. Los quiero mucho y por ello no deseo que sigan prisioneros al lado de su madre. Yo desearía que viviesen en una casa como la nuestra, en un pueblo donde tuvieran unos abuelos que los quisiesen.

Por favor, padres. Únicamente veo como solución que ustedes nos acepten de nuevo en casa. Solamente puedo

huir de Derrís para ir junto a ustedes. ¿Podrían hacerme un hueco en casa, en el pueblo? O abajo, en Benasc, donde podría trabajar en cualquier cosa.

No teman. El Carrancla no tiene ningún derecho sobre mí. Aunque ustedes hayan recibido dinero suyo, la justicia está de nuestra parte y nada podrá hacernos. Además, en los dos años que han pasado ya han cambiado mucho las cosas y seguramente tendrá ya otra chica en su piso de Barcelona, en Balaguer o donde sea. Si yo me escapo ya no se enfurecerá tanto. Quizá incluso se alegre de quitarse de encima dos criaturas que él no ha querido.

Padres, si desean contestar, háganme llegar una carta a Derrís y díganme cómo hacer para regresar a casa los niños y yo. Como no me fío del correo, porque dicen que el Carrancla tiene comprada a mucha gente y de esta manera se entera de todo lo que le interesa, envíenla a nombre de una persona del pueblo que se llama Antonio Escolà, de la casa Recoder. Son muy buena gente, que muchas veces me cuidan los niños cuando yo tengo que bajar a Valencia o a Esterri.

Se lo vuelvo a pedir, padres, vénganme a buscar, por el amor de Dios ¡y por amor a sus nietos!

Se lo suplica su hija,

Pepita

1919

Carta de Eduard Ferrerons, pastor,
depositada en el correo de Espot
(Pallars Sobrià) en junio de 1919

Escanís, 12.VI.1919

Querido hermano:

Desde que salí de Barcelona hace cerca de un año, no he parado de buscar hasta que he hallado el sitio ideal para nosotros. Tal y como ya te conté hace meses, estoy en plenos Pirineos, en la parte más alta del curso del río Noguera Pallaresa. Un lugar bastante aislado y con muchos recursos para poder vivir. Estoy haciendo gestiones e intentando hablar con la gente que por aquí reside. De momento todo está en el aire, pero creo muy factible la implantación de una sociedad icariana aquí, en el Pirineo. No es fácil que la gente entienda nuestras ideas, porque la propiedad de la tierra es, lamentablemente, uno de los valores más arraigados por estos pueblos. Me parece, no obstante, que pronto os podré decir que subáis aquí, a vivir y trabajar en comunidad. Naturalmente no vendrías todos a la vez; primero habrán de llegar los que colaboren en la preparación de nuestro soñado pueblo.

Me establecí en Escanís, que me pareció una buena base para comenzar a buscar el emplazamiento para nuestro proyecto, y así ha sido, porque ya puedo daros a todos noticias positivas.

Pero, antes de nada, he querido reflexionar y tener las ideas claras.

He vuelto a leer el Viaje a Icaria, de Étienne Cabet, y muchas de las cosas que se escribieron sobre su expedición a América. El fracaso de las experiencias americanas de Cabet me ha hecho pensar mucho en la desilusión que se llevaron nuestros padres en Barcelona, cuando no se halló la manera de arrancar la comunidad de Poble Nou.

Son demasiadas desilusiones y no querría que a nosotros nos sucediera lo mismo. Vale la pena pensarlo muy bien.

Estoy seguro que una vida realmente comunitaria es difícil de crear en un entorno industrial donde el capital lo puede todo. Por ello pienso que si comenzamos con una comunidad rural podremos ir corrigiendo los errores de previsión que hundieron las experiencias de Cabet en América.

Ya sé que muchos opináis que soy un anticuado y que he de leer obras más actuales. También me comentáis que la verdadera revolución se está produciendo en Rusia y que es de allí de donde hemos de tomar ejemplo. Lo sé, lo sé, pero no lo acabo de ver tan claro. Desconfío de las revoluciones hechas a golpe de fusil. No me merecen confianza los sindicatos que esconden armas. Reniego de las revoluciones que solo sirven para quemar iglesias. ¿Qué provecho nos ha venido de la revolución de hace diez años? Unos cuantos cadáveres en las carreteras, los fusilamientos de las personas que mejor trabajaban para el pueblo y nada más.

Ya sabes que yo siempre he pensado que la mejor revolución que se puede hacer es la que tiene lugar en el interior de cada persona. No podremos vivir un verdadero comunismo si cada uno de los miembros de la sociedad no abjura antes de la propiedad privada. No podremos vivir como hermanos si nuestro corazón no está lleno de amor fraternal hacia toda la humanidad.

El convencimiento personal, íntimo, es lo que importa. Fíjate en la guerra que acaba de finalizar dejando tantos millones de muertos. Una guerra que no ha servido sino para que el gran capital, que se hallaba igual en uno y otro bando, multiplicara sus beneficios. Ha habido millones de muertos, pero las fábricas no sufren en absoluto, están mejor que nunca: se han renovado todas y producen a todo trapo mientras que a los obreros se les piden sacrificios por la patria. Y lo que más me indigna es que los obreros se lo crean y hagan sinceramente tales sacrificios. Y son los obreros los que han ido a la guerra, dispuestos a morir por la patria, sin comprender que morían por la codicia del capitalismo.

Por eso pienso que las personas que vengan a establecerse en nuestro pueblo del Pirineo habrán de pasar previamente por un proceso de renuncia a la propiedad. Que no haya ninguna ambición. Que haya, en cambio, amor al trabajo y voluntad de servicio a los compañeros.

Para ganarme la vida tengo que hacer un poco de todo. Las casas más fuertes siempre van un poco escasas de brazos y me han ofrecido hacer jornales, para segar o limpiar los márgenes de las propiedades. Por fin, ahora estoy haciendo de pastor. He conducido ovejas, rebaños de unos cuantos miles, pero también vacas. Con las ovejas, en el invierno, me hacían ir hacia abajo, a lugares donde no hay nieve, pero este año ya no he querido ir: ¡no pinto nada yo allá abajo! Cada día recuerdo muy bien por qué estoy aquí y no pienso hacer nada que me distancie de los propósitos de mi viaje. Tengo que hallar un lugar para nuestra comunidad en la montaña y no lo encontraré conduciendo rebaños por el valle. Por eso prefiero llevar rebaños de vacas.

Ahora en verano los ganaderos sacan las vacas de los establos y las llevan a la montaña, agrupan todas las de un pueblo y las dirigen hacia los pastos de montaña. Yendo a buscar las vacas, he conocido los pueblos de alrededor: Gerraon y Derrís. Gerraon es un lugar muy pequeño, pero bien situado sobre el valle. El pueblo de Derrís también está bien situado; pero, en cambio, es muy grande, más que Escanís y seguramente más que Esterri, incluso.

Pastando, pastando, he hallado el lugar que me parece ideal. Entre Gerraon y Derrís había existido un pueblo que llamaban San Quirze de Rose. Hace ya muchos años que nadie vive allí. Las casas fueron abandonadas y cerradas a cal y canto. Pero, poco después de marchar la última de sus familias, ya no restaba ninguna casa sin haber sido saqueada. Los muebles inútiles, la ropa vieja, todo está desperdigado por las callejas. Los enseres aprovechables que había, se los han llevado todos. Este es uno más de los motivos de discordia que subsisten entre diversas familias de ambos pueblos. Cada quién acusa a su vecino de haber robado algo en las casas de Rose. Y todos niegan haber ido nunca al pueblo desde que fue abandonado. Pero la triste realidad es que en muchas casas hay más de un mueble, de una herramienta, o una pieza de ropa que proviene de Rose. Las casas, una vez abandonadas y francas, han servido de corrales para el ganado. Al menos mientras han aguantado. Actualmente ya muchas han caído porque la nieve y la lluvia las deterioran considerablemente.

El caso es que hay una mujer en Escanís que ha acopiado muchas de las propiedades de Rose. Por herencia, por donación de la gente que marchaba o por compra a bajo precio, fue adquiriendo la propiedad de casas y prados. Ella iba comprando porque esperaba que algún día todo cambiaría

y la gente querría regresar al pueblo. Sin embargo, incluso ella tuvo que marchar, en el momento en que no pudo resistir la soledad del pueblo. Ahora ve que todos sus ahorros han ido a parar a unas propiedades que nunca tendrán comprador. Es una gran propietaria, pero arruinada.

Hablando con esta mujer se me han abierto los ojos y me ha parecido una gran oportunidad. La mujer es ya muy mayor, carece de familia y ya no espera nada de la vida. Nada más le resta el miedo a morir sola. En verdad da lástima, porque es una mujer que ha amado su tierra. La ha amado y comprado. Yo le he propuesto unos tratos que me parecen justos. Le he dicho que haría subir gente y ocupar las casas que aún quedan en pie, que las arreglarían y cultivarían las tierras. Y que después reconstruirían las casas que han caído. Y que ella podría volver a vivir en el pueblo, en la casa de una familia que cuidaría de ella. El trato se puede cerrar cuando queramos, porque lo que ella desea es volver a ver el pueblo activo y compartir con alguien una casa en la que se ocupen de ella.

Pero no todo es tan fácil. Hace unos días la acompañé a visitar al notario con toda la documentación de las casas que, dice, son suyas. Hay un lío de mil demonios. Escrituras que deberían estar y no aparecen, contratos de compraventa redactados en una hoja de papel sin validez alguna, herencias con derechos reales pendientes de liquidar y censos por redimir... El notario está dispuesto a facilitarnos las cosas, pero hay una considerable cantidad de casas con pocos papeles o que están todavía a nombre de personas fallecidas hace ya muchos años.

Este es uno de los problemas que me he encontrado y en los que me habréis de ayudar. Ved de hallar entre los

compañeros uno que pueda ocuparse de todos los trámites en el registro y que se informe bien de cómo funciona todo esto de las compras y las ventas. Y que, además, no nos cueste demasiado dinero. Que mire asimismo si podemos escriturar todas las casas de una sola vez, como una sola propiedad, que supongo que sería la manera de ahorrarnos dinero y gestiones. Que busque la fórmula legal para que nuestra comunidad sea la propietaria de todo, de modo que nadie pueda apropiárselo ni fragmentarlo.

Todo esto me hace pensar que, queramos o no, tendremos que redactar una especie de reglamento, unas normas que regirán nuestro pueblo. Sé que algunos de vosotros me diréis que no, que no es necesaria ninguna autoridad, que la libertad debe ser total. Pero, cuando me pongo a pensar en cómo echar a andar la reconstrucción de Rose, se me hace imposible sin una buena planificación. Y tampoco es posible establecer una planificación sin la seguridad de que la gente hará su trabajo. Hay que tener los pies en el suelo, establecer un modo de trabajar y organizar la comunidad y aplicarlo. Y quien no esté de acuerdo, que no venga.

Ya lo ves, hermano mío: estoy en el camino de cumplir nuestros sueños. Esta vez la Nueva Icaria será una realidad.

Contéstame tan pronto como puedas sobre lo que te pregunto acerca de gestiones oficiales. Hazme un cálculo de la gente que podría venir de manera inmediata para trabajar en reconstrucción y del dinero de que podríamos disponer en el inicio. Yo no he podido ahorrar gran cosa. Hay muchos días en los que el jornal me alcanza solo para la comida. La explotación del hombre por el hombre no es patrimonio exclusivo de la ciudad y de la industria.

Recibe un fuerte abrazo y explícale todo lo que estoy haciendo a nuestro padre. Él sabrá comprender muchas de las cosas que os digo y os las explicará mucho mejor que yo mismo.

¡Salud!

Eduard